

Estrenado en el Teatro Nacional María Guerrero el día 31 de octubre de 1957, con el siguiente

REPARTO

(POR ORDEN DE APARICIÓN)

PERSONAJES ACTORES

JUAN, en cuyo chalé sucede la acción	Angel Picazo.
LUISA, vieja criada de Juan.	María Rus.
PEDRO	Javier Loyola.
INÉS, su mujer	Luisa Sala.
ALFONSO	Luis Peña.
LAURA, mujer de Juan	Mary Carmen Díaz de Mendoza.

Dirección: Claudio de la Torre

La acción, en una sala de estar de un chalé en las afueras de una gran ciudad. Escalera al piso de arriba

Es de noche. Nieva

CUADRO PRIMERO

La habitación está a oscuras. La chimenea, apagada. Silencio. Ahora se oye ruido en la puerta del fondo, que da al jardín que entramos al otro lado de la ventana—un jardín, quizá, nevado—. Parece que alguien trata de abrir. No lo consigue. Golpean la puerta. Los golpes, ahora, son más fuertes. Silencio otra vez. Alguien, desde el jardín, empuja la ventana, que se abre. Un hombre entra por la ventana a la habitación. El hombre cierra la ventana y corre los visillos. Mira a su alrededor; apenas lo vemos a un tenue y extraño resplandor lejano. Anda como buscando algo. Tropicza y hace ruido. Se detiene. Enciende una cerilla y llega hasta una consola donde hay unos candelabros. Enciende varias velas de uno. Coge el candelabro y lo pone en una mesita del centro. Se sienta y queda inmóvil. Se oyen pasos. El hombre no se mueve. Se anuncia el resplandor de una vela en el pasillo. “¿Quién es? ¿Quién es?”; oímos a una voz de mujer. Esta mujer llega. Es Luisa, la vieja criada. Ve al hombre, que parece no haberse dado cuenta de que ha llegado Luisa

LUISA.—Señor, ¿es usted? (*El hombre no contesta.*) Señor. (*El no contesta.*) LUISA *se aproxima.* Con una voz *ligeramente trémula.*) ¡Señor! (*El hombre se vuelve.*) ¡Ay, qué susto me he llevado! Me parecía que no era usted. Aquí, en la oscuridad... Se fue la luz hace un rato. Está nevando tanto, que...
 JUAN.—He dado golpes en la puerta. ¿Cómo no me oía?
 LUISA.—¿Golpes? No. Desde allí dentro...
 JUAN.—Olvíde la llave. He tenido que entrar por la ventana.

LUISA.—(*Apurada.*) Pero, señor... Claro, sin funcionar el timbre... ¿Dice que ha dado golpes? Ni oír nada. Qué calamidad. Disculpeme.
 JUAN.—No tiene que preocuparse. Lo que sí le agradecería es que... encendiera la chimena, Luisa. Está apagada y hace mucho frío aquí.

LUISA.—Perdóneme, señor. Hoy no me sale nada bien. Hoy todo va mal en la casa. Perdóneme. (*Trata de trajar en la chimenea.*) Estoy un poco enferma, ¿sabe, señor? Un poquito enferma. No creo que sea nada grave, pero no me encuentro muy bien.

JUAN.—¿De verdad, Luisa? ¿Enferma?

LUISA.—Sí, señor.

JUAN.—¿Por qué no lo ha dicho antes? Entonces tiene que acostarse. Mañana vendrá a verla un médico.

LUISA.—No sé si será preciso, señor.

JUAN.—Déje. Yo mismo encenderé la chimenea.

LUISA.—Si no es eso, señor. Tengo fuerzas y no me duele nada del cuerpo.

JUAN.—¿Entonces?

LUISA.—Señor, me da por pensar en todo mucho y se me olvidan las cosas fundamentales. Eso es lo que me ocurre. De pronto empiezo a darle vueltas a algo en la cabeza, a algo que yo sé que no tiene importancia; pero no puedo dejar de darle vueltas y más vueltas, y entonces ya no me doy cuenta de lo que me hablan ni de lo que estoy haciendo. ¡Uf! Hasta que consigo pensar bien esa pequeña cosa que no me importa y entonces me quedo tranquila. Pero hasta entonces, ¡cuántas vueltas!

JUAN.—Eso es que está cansada, Luisa. Tengo que buscarle un descanso; darle unas vacaciones. Usted se las merece de sobra.

LUISA.—No, señor. ¿Adónde iba a ir? Fuera de esta casa no hay nadie que me espere. Nadie se iba a alegrar porque yo fuera. Nadie me conoce. Todos los que fueron mis amigos... y mis amigas... han muerto.

JUAN.—Luisa, tiene usted que salir de aquí. Está aquí encerrada mucho tiempo. Esto es malsano.

LUISA.—No... Yo estoy muy bien aquí... Esto se me pasa, ya verá usted. Si me da unas vacaciones, no sabré qué hacer. Andaré por ahí triste; me sentaré en un parque. Me

darán ganas de morirme. Prefiero esperar aquí a que se me pase. ¡Si esto no puede tener importancia! Es un mal del pensamiento, y los males del pensamiento nunca tienen mucha importancia. Lo malo es si uno se pone enfermo del pecho o tiene cáncer. Eso sí que es lo malo. Todo lo demás...

JUAN.—(*La observa.*) ¿Qué es eso, Luisa?

LUISA.—¿Qué, señor?

JUAN.—Tiene los ojos como de haber llorado.

LUISA.—No me haga caso. No me haga caso.

JUAN.—¿Por qué?

LUISA.—¿Cómo dice?

JUAN.—Que por qué ha llorado.

LUISA.—Pues... es verdad que hoy estaba triste.

JUAN.—(*La mira fijamente.*) ¿Precisamente hoy?

LUISA.—(*Baja la vista.*) Sí, señor. Es que...

JUAN.—(*Cuyo gesto se ha endurecido un poco.*) Cállese. No irá a hablar ahora de..., de aquello.

LUISA.—(*Nerviosa.*) No, no, señor. No iba a decir nada. Se lo aseguro.

JUAN.—(*Con los ojos muy abiertos.*) Luisa, no tiene que pensar en eso. Ni siquiera pensar.

LUISA.—No, señor.

JUAN.—(*Con una voz extraña.*) Está pensando.

LUISA.—(*Aterrada.*) Señor.

JUAN.—Está pensando en ella.

LUISA.—¡No! ¡Le aseguro que...!

JUAN.—¡Sí! (*Cierra los ojos.*) Es difícil no pensar en ella hoy, ¿verdad, Luisa?

LUISA.—Sí, señor. Es difícil. Era un día como hoy. También nevó durante todo el día.

JUAN.—Sí..., recuerdo... La misma nieve en el jardín... El mismo frío... La chimenea estaba también apagada cuando yo llegué... a esta hora...

LUISA.—Hace justamente un año, señor.

JUAN.—Sí. —Por eso me he puesto triste, señor. Estaba en mi habitación sola y me he puesto a llorar...

JUAN.—Luisa, me alegro de que esté aquí. No hubiera podido resistir esta noche solo.

LUISA.—A veces impresiona mucho estar solo, señor.

JUAN.—(*Mira a su alrededor aprensivamente.*) Esta noche.

LUISA.—Si quiere que le diga la verdad, nunca me había pasado lo de esta noche, señor.

JUAN.—¿Qué cosa?

LUISA.—He tenido miedo. Sí, hace un rato. Estaba en la cocina. Retiraba un puchero de la lumbre y un poco de agua se ha derramado sobre la placa. El agua ha hecho como un siseo en la placa al rojo y yo he mirado esa mariposa diseada que tengo en la pared. He sentido una punzada en la nuca. Entonces me ha parecido que aquel momento lo había vivido ya otra vez. Solo faltaba mirar por la ventana y ver la luz roja de un coche en la carretera. He mirado por la ventana con miedo. Señor, la luz roja ha pasado. Ahora se lo cuento y me corre una cosa por la espalda..., un escalofrío, señor.

JUAN.—A veces ocurre, Luisa. No es para tener miedo.

LUISA.—(*Mueve la cabeza.*) Señor, el siseo del agua, el dolor en la nuca, la mariposa, la luz roja..., todo fue hace justamente un año. Me he dado cuenta en seguida. No ha sido como otras veces en que una no sabe cuándo... Sí, aquella noche, mientras preparaba la cena, sola en la casa... La luz roja... y poco después entró usted.

JUAN.—Aquella noche...

LUISA.—La noche en que asesinaron a la señorita Laura, señor. (*Un silencio sombrío.* JUAN se remueve inquieto.)

JUAN.—Es..., es curioso lo que usted cuenta, Luisa. Muy curioso. Casi asusta un poco pensar... que aquella terrible noche pudiera empezar otra vez. Pero, pensándolo mejor, no

es tan extraño. No sé nada de astronomía, Luisa, pero me figuro que dentro del sistema solar, al cabo de un año estamos en una situación semejante en algún aspecto... Entonces no es raro que se produzcan fenómenos semejantes... A mí me ha parecido ver la misma nieve en el jardín... Al entrar, un poco de nieve se ha desprendido del primer árbol de la derecha y ha caído sobre mi hombro..., quizá como aquella noche..., y yo me he quitado la nieve con el mismo gesto. Pero ¿qué? Esto no tiene nada de particular.

LUISA.—Ahora recuerdo una cosa que mi padre decía: "Los astros influyen, pero no son omnipotentes."

JUAN.—Así lo creo. Los astros... (*Queda pensativo.*) Simplemente influyen... Hacen que siempre estén volviendo algunas cosas... (*Un silencio.* Se estremece.) Siempre vuelve el invierno, Luisa.

LUISA.—Estos fríos...

JUAN.—(*Como en un ensueño.*) "Estos fríos..." "Me gustaba ver nevar..." "Han quedado cerrados los puertos..." Año tras año repetiremos las mismas palabras... Pero eso es todo... El tiempo continúa... Mi madre nunca volverá a colarme la bufanda... "Cierra la boca al salir..." Nunca volveré a oír s uvoz... A veces hay curiosas reiteraciones que nos hacen pensar en el "eterno retorno"... y cosas así... Pero la verdad es que nada vuelve... Que a nuestra espalda solo está el vacío y un montón de cadáveres... O ni eso...

LUISA.—A mí me asusta pensar en el pasado, señor.

JUAN.—A veces ocurre como si fuéramos a volver a vivir algo ya vivido. En esos momentos se extraña y se asusta uno. Es verdad.

LUISA.—Así es.

JUAN.—Pero nunca sucede. Es imposible. Es absurdo y... es monstruoso.

LUISA.—Yo no sé qué pensar, pero así debe ser.

JUAN.—En todo caso, es como una rara y espantosa ilusión... que por fortuna se desvanece pronto... Si no, dese

cuenta... La extrañeza desaparece casi siempre antes de llegar al horror... De pronto nos damos cuenta de que "todo es igual"... Nos extrañamos... Pero todo es igual hasta un momento..., hasta que busco la llave en el bolsillo y no está; ese es un hecho nuevo. Entro por la ventana; otro hecho nuevo... Pero, sobre todo, los que han muerto no están ya aquí... El tiempo continúa, y todo lo demás solo son curiosas reiteraciones. No sucede nada raro. (*Un silencio. Enciende un cigarrillo. Fuma.*) Lo que ocurre es que esta casa es un poco sombría.

LUISA.—No lo era, señor.

JUAN.—Lo es... desde que ocurrió aquello. La sangre ha desaparecido, el alcohol de aquella noche apenas será un residuo insignificante en mi sangre..., o nada... Y, sin embargo, la casa está llena de huellas. Los pasos del criminal sobre la nieve... ¿Los recuerda, Luisa? Desapareció aquella nieve, pero los pasos están todavía ahí. (*De pronto.*) ¿Ha mirado la nieve de detrás de la casa?

LUISA.—No. ¿Para qué?

JUAN.—(*Ríe.*) He pensado que podían estar las huellas del asesino.

LUISA.—No es posible, señor.

JUAN.—(*No muy divertido.*) ¿Por qué?

LUISA.—Porque todavía no han matado a la señorita Laura. (*Se interrumpe.*) Quiero decir..., perdone, señor... Quería decir que la mataron más tarde.

JUAN.—Está nerviosa, Luisa.

LUISA.—Es cierto, señor.

JUAN.—Yo también lo estoy. Es la casa. Lo que le decía... (*Da una vuelta por la habitación, como obsesionado.*) Las huellas de todo están aquí. No es posible borrarlas. (*Coge un cofrecillo.*) Las huellas de Laura... Sus dedos sobre la tapa... Pero no son aquellas dulces huellas... En una mano, aquella pequeña esmeralda. ¿Se acuerda, Luisa? ¡Son las huellas de unas manos crispadas, las manos de una mujer

que tiene una agonía monstruosa! (*Parece tranquilizarse algo. Anda por la habitación.*) Laura se sentaba ahí, en esa butaca. ¿Se acuerda, Luisa? Pero ahí no está la huella de su querido cuerpo. Miro y veo las huellas de un cuerpo despedazado, ensangrentado, sobre la nieve. Por las tardes, se quedaba mirando el crepúsculo desde esta ventana, ¿usted se acuerda? Pero ahora lo que veo ahí es una mujer medio desnuda, helada, con los ojos fijos y muy abiertos, ¡una mujer muerta! (*Se tapa los ojos.*)

LUISA.—Cálmese, señor. Cálmese. Es un mal día este, pero ya pasará. No debía haber venido esta noche aquí.

JUAN.—No quería venir.

LUISA.—Hay muchos sitios donde pasar una Nochevieja. Pensé que se iría con algún amigo a cenar, a distraerse un poco.

JUAN.—No había nadie.

LUISA.—¿Ha estado en el café?

JUAN.—Sí. (*Viene la luz eléctrica. La habitación queda iluminada.*)

LUISA.—Por fin..., ya era hora... (*Empieza a apagar las velas.*) ¿No ha encontrado ningún amigo?

JUAN.—No. No había nadie. He pensado pasar la noche solo por ahí... He tomado unas copas... Las he tomado con mala idea, para aturdirme..., pero no me apetecía beber. No he podido terminar la última copa. Así que me he venido. Quisiera dormir.

LUISA.—¿Quiere comer alguna cosa?

JUAN.—No, Luisa. No tengo apetito. Dentro de un rato me acostaré.

LUISA.—Si hubiera invitado a alguien aquí, al menos...

JUAN.—Pensé invitar a Inés, a Pedro, a Alfonso... Pero luego he desistido, porque...

LUISA.—Hubiera estado bien. ¿Por qué, señor?

JUAN.—Si llego a invitarlos, hubiéramos sido los de la Nochevieja pasada..., menos Laura.

LUISA.—Es cierto, señor. (*Mueve la cabeza.*) No se debe jugar con esas cosas.

JUAN.—(*Mueve la cabeza.*) Hubiera sido prepararlo todo para recordar, y yo no quiero recordar.

LUISA.—Para recordar y para Dios sabe qué.

JUAN.—Hubiera sido como una especie de juego peligroso. Hasta he tenido la tentación de hacerlo... Pero era como hurgar en la herida. Me ha parecido una idea enfermiza y la he rechazado. Tomaré un vaso de leche, Luisa. Me acostaré pronto. (*Suena una campanada en un viejo reloj de la sala.*) Las once y media. Me quedará hasta las doce. Escucharé las campanadas. Pediré suerte para el año próximo. (*Suspira hondamente.*) Trataré de dormir.

LUISA.—(*Se queda pensativa.*) Ahora me acuerdo...

JUAN.—¿De qué, Luisa?

LUISA.—Estaba yo aquí con usted. Sonó "esa" campanada y llamaron a la puerta.

JUAN.—Sí... Eran Inés y Pedro... Usted abrió. Pedro, al entrar, dijo: "Gracias por tu invitación. No sabemos adónde ir esta noche." ¿No fue así?

LUISA.—"No sabemos adónde ir esta noche..." Sí, señor. JUAN.—Pero esta noche, Luisa, estamos solos. Prepárame el vaso de leche, por favor.

LUISA.—En seguida. (*Va a irse. Llaman a la puerta. Luisa se detiene. Mira a JUAN. Un silencio.*)

JUAN.—Vaya a abrir; a ver quién es.

LUISA.—Sí, señor. (*Va a la puerta. Abre. Entran Inés y PEDRO. JUAN se levanta. PEDRO se aproxima sonriente y saludando a JUAN.*)

PEDRO.—Gracias por tu invitación. No sabemos adónde ir esta noche.

JUAN.—¿Sois vosotros? (*Tiende a PEDRO, mecánicamente, la mano.*)

INÉS.—Buenas noches... y feliz año nuevo.

JUAN.—Sí..., feliz año. Sentaoos donde queráis.

PEDRO.—Ponga esto por ahí, Luisa. (*Le da los abrigos. Luisa los toma con un gesto de extrañeza.*)

INÉS.—¡Oh, que frío hace esta noche!

PEDRO.—¿Qué te ocurre, Juan? Estás un poco pálido.

JUAN.—Anoche no dormí. No sé... ¿Qué queréis tomar?

PEDRO.—Coñac... o lo que tengas a mano. Me es igual.

JUAN.—(*Coge de un mueble una botella.*) Tú, Inés..., ¿también?

INÉS.—Sí, gracias. (*JUAN les sirve.*)

JUAN.—¿Queréis café?

PEDRO.—Bueno.

JUAN.—Traiga café, Luisa, por favor.

LUISA.—Sí, señor. Ahora mismo. (*Hace a JUAN un gesto de incompreensión y sale.*)

JUAN.—Os..., os agradezco que hayáis venido.

INÉS.—Una noche como esta todo se pone imposible. Se está mejor en una casa.

PEDRO.—La calle está llena de gente, a pesar del frío. No te puedes figurar.

JUAN.—He venido hace un rato. Ya he visto.

PEDRO.—Grupos de borrachos... Por el centro hemos visto un grupo muy divertido... Llevaban un enorme pandero... Uno de ellos iba vestido de mujer. Con los labios y los ojos pintados... y diciendo palabrotas. Otro llevaba una careta que figuraba una cabeza de burro; otro, una de cerdo; otro, una calavera. El de la calavera gritaba: "¡Uh, uh, soy la Muerte!", y los demás se reían a carcajadas. Uno se ha puesto a devolver en la acera.

INÉS.—Como ves, Juan, en este país sabemos divertirnos.

PEDRO.—Por aquí, sin embargo, no hay nadie. Esto está muy solitario. Yo no soy miedoso, pero no me gustaría vivir aquí. Puede ocurrirle a uno cualquier cosa y no se entera nadie.

INÉS.—(*Con una voz dura.*) ¿No te puedes callar?

PEDRO.—Es... cierto. Perdóname. (*Un silencio penoso.*)